

¿Qué pintan los signos? Arbitrariedad, motivación y convención en la lengua

Alberto Bruzos Moro
Universidad de León

La idea de que las formas lingüísticas están motivadas se asienta sobre la creencia en la representación de la realidad como fin esencial del lenguaje. Las palabras *re-presentan* las cosas, las hacen presentes, manifiestas de nuevo, en el más puro sentido etimológico. El nombre es un recordatorio del objeto, pero también un retrato: la esencia de las cosas se imprime en cierta medida en la forma de los signos que las nombran.

A menudo he pensado que si la concepción actual del lenguaje tiene por absurdas e ingenuas ideas tan antiguas y recurrentes, es sólo porque no hemos hecho el menor esfuerzo por comprenderlas. Quizá porque no somos capaces de comprender un pensamiento ajeno sin traducirlo a nuestros propios conceptos, sin calibrarlo con nuestros prejuicios y, por consiguiente, privarlo de su autenticidad e idiosincrasia. Nos comportamos como el turista que llega, echa un vistazo, saca unas fotos a las ruinas de una civilización milenaria y se vuelve corriendo a su país para revelarlas y exhibirlas. “Yo estuve allí”, declarará a sus amistades, “yo lo conozco”. ¡Tanto, o más bien, tan poco como quienes sin haber estado allí jamás tan sólo han visto las fotografías!

Las siguientes líneas son la crónica de un paseo atento y solícito entre las ruinas, deseoso de comprender, pero siempre consciente de las limitaciones de un intelecto anclado en vicios y nociones de otro tiempo. Un intento quizá insensato de almacenar el vino viejo en odres nuevos, tratando de preservar el regusto original pero a la vez de aproximarle al paladar de quien escribe y quien lee.

Idea de la motivación y su origen. El *Crátilo* de Platón.

Antes he calificado estas ideas de *antiguas* y no de *primigenias* porque no es del todo exacto situar la motivación en el origen de las ideas sobre el lenguaje. Para el pensamiento primitivo, el infantil y el mítico o prefilosófico, la palabra no está motivada por la cosa, no trata de imitarla, sino que se confunde con ella (Cassirer 1972: 25). Esta concepción aparece en todas las cosmogonías: el nombre es el creador de la cosa, introduce un principio de orden en el caos que lo precede. “In principio erat verbum (*logos*), et verbum erat apud Deum, et Deus erat verbum” (S.Juan 1.1.) Nombrar no es imitar, sino manifestar la verdadera esencia de lo nombrado. La palabra es un bien legado por la divinidad y transmitido por los antepasados junto con las costumbres, la religión y los principios morales (Porzig 1957: 16).

Esta creencia del primitivo y del niño no proviene de la reflexión, sino que es una actitud que elimina de antemano cualquier duda sobre la fidelidad del lenguaje. Una actitud que no responde de un modo precientífico al problema de la exactitud del lenguaje y su naturaleza, sino que lo excluye del pensamiento.

Históricamente, el debate en torno al fundamento del lenguaje apareció en el contexto de un cambio global del pensamiento: el experimentado en la Grecia del s.V a.C. (Guthrie 1969). A consecuencia de los contactos comerciales y las confrontaciones militares con otros pueblos, los griegos tomaron conciencia de la gran variedad de costumbres y conductas que comprendía lo humano. Esto los condujo a contemplar con nuevos ojos los principios que habían tenido por universales y absolutos. Entre otras cosas, recurrieron a los conceptos de *phýsis* y *nómos* para responder a los nuevos interrogantes que socavaban prácticamente todos los pilares de la acción humana: la religión (¿existen los dioses por *phýsis*, en la realidad, o sólo por *nómos*, por convención?), la política (¿surgieron las leyes de una necesidad natural o fueron impuestas por el *nómos*?), la identidad cultural (¿obedecen las divisiones entre los grupos humanos a un orden natural o son meras convenciones?), la igualdad (¿es natural el dominio de un hombre sobre otro, de un pueblo sobre otro?) e incluso la naturaleza de la *areté*, las cualidades por excelencia del ser humano (¿son éstas naturales, innatas, o pueden enseñarse?).

Los partidarios de la *phýsis* o “naturaleza” relacionaban todos estos valores con las ideas de “autenticidad” y “necesidad”, mientras que atribuían al *nómos* los aditamentos y artificios que, impuestos por el propio hombre, degradaban la naturaleza humana. Pero había también quienes opinaban lo contrario. Protágoras, por ejemplo, sostenía que las convenciones propias del *nómos* eran necesarias para preservar la sociedad del desorden, al igual que la sociedad era necesaria para el desarrollo del individuo y el progreso del hombre desde el salvajismo a la civilización. No hay que olvidar que, en el mismo escenario griego, la idea de la humanidad como protagonista de un progreso racional estaba reemplazando a la anterior creencia en una degeneración desde la Edad de Oro original, común a numerosas mitologías y en correspondencia con fenómenos como las cuatro fases lunares y el envejecimiento biológico (Cirlot 1969: *Edades*).

En cualquier caso, la emergencia de un nuevo pensamiento crítico y escéptico rompió el anterior idilio entre el nombre y su objeto, la palabra y su significado. Así fue como apareció el problema filosófico de la exactitud de los nombres (*orthótes onomáton*), cuyo mejor testimonio es el *Crátilo* de Platón.

Los protagonistas de este diálogo representan las actitudes filosóficas contemporáneas a Platón. De un lado, Crátilo, el defensor de la *phýsis*, para quien cada uno de los seres tiene el nombre que le corresponde de acuerdo con su naturaleza; el nombre reproduce la esencia de la cosa, de ahí que conocer el uno signifique conocer la otra. La tesis de Crátilo está muy próxima al idilio que identificaba a la palabra y su objeto. En ambos casos, el nombre es semejante a la cosa, cuya esencia manifiesta. Aun así, existe una diferencia fundamental entre asumir la identidad de manera incuestionable y justificarla mediante un principio racional como la imitación (*mímesis*).

El oponente de Crátilo es Hermógenes, quien se confiesa incapaz de creer que la exactitud de un nombre sea más que convención. Las cosas reciben su nombre por una ley convencional (*nómos*), sin necesidad de semejanza ni otros intermediarios. El nombre elegido es exacto y conveniente no por su naturaleza mimética, sino por el consenso que lo acredita.

Para comprender la argumentación de Sócrates, quien es requerido como árbitro por los dos contendientes, es necesario inscribir el problema de la exactitud de los nombres dentro de un debate más amplio: el de la posibilidad de conocer la esencia de las cosas a través del lenguaje. El tema de *Crátilo* es la correspondencia entre el lenguaje y la realidad, la palabra y el ente: el lenguaje como medio de conocimiento (Guthrie 1969).

Una lectura superficial del diálogo da la impresión de que *Crátilo* pretende responder a la pregunta “¿en qué consiste la exactitud de los nombres (en *phýsis* o en *nómos*)?”. Sin embargo, el *quid* es si se trata de una pregunta lícita, acertada, fructífera. La cuestión como tal sólo se desarrolla con el fin de mostrar su falta de sentido; el verdadero fin del diálogo es manifestar cómo este punto de vista nos conduce de mano de la confusión a ninguna parte (Martínez Marzoa 2001:69).

Aunque Crátilo y Hermógenes justifiquen de manera distinta la exactitud de los nombres, ambos la dan por verdadera. “Quien conoce los nombres conoce también las cosas” (*Crátilo*: 435d), dice Crátilo, pero también Hermógenes hubiera firmado estas palabras. Sin embargo, por medio de Sócrates, Platón niega la exactitud del lenguaje. El lenguaje es un camino incierto para alcanzar la realidad, un instrumento tosco y equivoco. Quien de verdad ame la sabiduría no puede conformarse con conocer los nombres, sino que querrá conocer las cosas en sí, el sueño platónico de formas absolutas, de las que las palabras no son más que reflejos imprecisos.

Primero, Sócrates rechaza la *mímesis* como fundamento del lenguaje. El significado no puede depender en última instancia de la semejanza, pues aunque la palabra fuese una imagen de lo que nombra, es evidente que no reproduce todos sus detalles. “Puede que no haya que reproducir todo lo imitado, tal cual es, si queremos que sea una imagen” argumenta Sócrates. “(...) Si se pusiera a tu lado un duplicado exacto de todos tus atributos, ¿habría entonces un Crátilo y una imagen de Crátilo o dos Crátilos?” (id: 432b-c). Siempre hay que elegir, pues, qué cualidades del objeto copia la palabra, y esta elección es necesariamente arbitraria. El razonamiento es impecable: *la arbitrariedad del signo motivado consiste en la elección arbitraria entre las múltiples motivaciones posibles*.

Al acuñar la palabra tejado, por ejemplo, de entre las muchas cualidades de un tejado el español resalta su material, la teja (del latín *tegula*). Sin embargo, palabras como *techo* o *techumbre* (del latín *tectum*) remiten a la idea de cubrir, al verbo latino *tego*, también emparentado con *tegula*; pensemos en que también se emplea en este mismo sentido el vocablo *cubierta*. Lo más importante es que no hay ninguna razón por la que fueran estos atributos los elegidos para acuñar las denominaciones; igualmente válidas hubieran sido *sobrecasa*, *cumbre*, *cabeza* (de hecho, en irlandés *ceann* significa “techo” y “cabeza”), etc., o cualquier palabra no motivada. Así mirado, el origen de las palabras tiene mucho de poesía. El poeta y la lengua actúan de manera semejante: eligen arbitrariamente ciertas cualidades de una idea u objeto para representarlo o expresarlo. Esta representación por medio de relaciones motivadas enriquece nuestra comprensión, pues hace del pensamiento un organismo, un entramado, antes que el cálculo impersonal de un repertorio de signos emparejados con su significado de manera absolutamente arbitraria.

En el poema *The Horse*, William Carlos Williams expresa la impresión de un caballo mediante pocas pinceladas. La concisión no hace la imagen más pobre, sino más viva. (Lao Tse: “El exceso de palabras agota la inteligencia. Es preferible atenerse a lo esencial”). Después de leerlo, resulta casi imposible contemplar un caballo sin que a sus ojos asome la mirada de una mujer, o sin pensar en un tubo de escape al reparar en su hocico humeante:

The horse moves
independently
without reference
to his load

He has eyes
like a woman and
turns them
about, throws

back his ears
and is generally
conscious of
the world. Yet

he pulls when
he must and
pulls well, blowing
fog from

his nostrils
likes fumes from
the twin
exhausts of a car¹

Otro argumento a favor del *nómos* es que el lenguaje representa tanto mediante la semejanza como prescindiendo de ella, por lo que ésta no puede ser el criterio del significado. Allí donde no hay semejanza o no somos capaces de verla sólo podemos conocer el significado por la costumbre (*Crátilo*: 435a).

Pero aunque la semejanza no sea el fundamento del lenguaje, sí existe una tendencia a *significar* por medio de ella. Esta tendencia no sólo es real, sino también útil, y en ello coinciden Crátilo y Sócrates (id.: 434a; 435c). Ahora bien, ¿qué tipo de semejanza es ésta? Sócrates distingue dos géneros de imitación. La más obvia es la de los nombres compuestos o *secundarios*, similar a lo que Ullmann (1962) denomina *motivación morfológica* y *semántica*: derivados y compuestos morfológicos y, sobre todo, desarrollos semánticos por metáfora o metonimia. La mayoría de los numerosos ejemplos que da el filósofo no son más que etimologías voluntariamente disparatadas, que revelan la ironía con que contempla todo este asunto: “Lo femenino (*thély*) parece que ha recibido el nombre de la “mama” (*thelē*), y ésta ¿no será así, Hermógenes, porque “hace crecer” (*tethelēnai*) como sucede con las plantas de regadío?” (*Crátilo*: 414a).

No obstante, no todas las expresiones remiten a otras. Hay un punto en el que necesariamente se alcanza “lo que ya no se compone de otros nombres”, los *elementos primarios* (*prōta*), que constituyen la segunda clase de imitación o semejanza (id.: 422a). A esta clase pertenecen las sílabas y las letras, los sonidos mediante los que el habla copia la

¹ “El caballo se mueve / independientemente / sin referencia / a su objetivo / Tiene los ojos / como los de una mujer y / los gira / en torno, echa / atrás las orejas / y en general es / consciente del / mundo. No obstante / tira cuando / debe y / tira bien, soplando / niebla por / el hocico / como humo por / el tubo de / escape de un coche”.

esencia de las cosas (id.: 424c). Si la teoría de los elementos primarios fuese verdadera, habría que dar la razón a Crátilo: hablar sería reproducir con la voz lo que se nombra. Sin embargo, Sócrates ha presentado esta imitación primaria sólo para mostrar su falta de consistencia. El análisis sistemático de los primarios es imposible; a un sonido no se le puede atribuir un sentido constante, pues el mismo sonido aparece en palabras con significados contrarios (id.: 434c). “Es manifiestamente ridículo que las cosas hayan de revelarse mediante letras y sílabas” (id.: 425d). Esta idea no tiene más salida que el *deus ex machina*: los nombres primarios son exactos porque han sido establecidos por los dioses, tal como creía en el pensamiento mítico prefilosófico. Platón era consciente de que para dar una respuesta racional a este problema se había de abandonar la tesis naturalista, demasiado comprometida con los prejuicios de unos hábitos de pensamiento primitivos y en conflicto con los de la mentalidad filosófica emergente. La teoría de los primarios era inconsistente por su propia naturaleza, porque no era más que una creencia irracional que algunos querían preservar por medio de subterfugios racionales como la *mimesis*. Esta creencia, legítima dentro de su paradigma conceptual, se debilitaba y se volvía extravagante y sospechosa tan pronto como se trasplantaba a un pensamiento distinto.

Por consiguiente, el único género de motivación verdadero es el de los secundarios. En ellos se manifiesta una tendencia tan auténtica como útil: la de expresar por medio de lo semejante. La relevancia de la motivación secundaria en la concepción platónica del lenguaje y el conocimiento la atestiguan pasajes de otros diálogos. En el *Fedro*, por ejemplo, Sócrates recurre a la etimología de la palabra *manía* para testimoniar sus connotaciones positivas, a las que “los hombres de ahora” ya no son sensibles debido a que los cambios fónicos han enturbiado el parentesco lingüístico (244b). (Porzig observa que los griegos, ya antes de Heráclito, llamaban *etymos* a “la relación de los nombres con sus voces radicales, las cuales aclaraban la esencia de las cosas nombradas” 1957: 20).

Por lo demás, el lenguaje no es en absoluto un medio fidedigno para conocer la realidad. Sólo algunas de sus expresiones están motivadas, y aun éstas, lejos de imitar la esencia de las cosas, lo único que imitan es otras formas lingüísticas (*Crátilo*: 426a). El lenguaje sólo debe su sentido a la costumbre. Quien conoce el lenguaje no conoce más que una costumbre absolutamente convencional.

La arbitrariedad relativa del signo lingüístico.

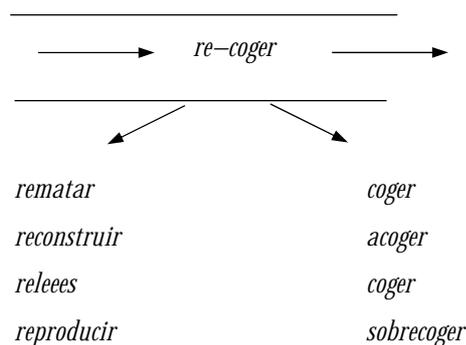
Saussure, Jakobson y Peirce.

Lejos del vocabulario icónico que imagina Crátilo, la lingüística del siglo XX ha visto en la arbitrariedad uno de los atributos fundamentales del signo lingüístico. Esta idea debe su fortuna en gran medida al *Curso de lingüística general* de Ferdinand de Saussure. El signo lingüístico es “arbitrario”: el vínculo entre el significante y el significado no depende de otra relación que la convención establecida por la lengua; en concreto, no de una relación de semejanza que permita pensar en un vínculo natural (Saussure 1916: 130). Nada más falso, pues, que creer que quien habla “imita las cosas con la voz” (*Crátilo*: 423b). Saussure niega explícitamente la relevancia del simbolismo fónico; las onomatopéyas y las exclamaciones son fenómenos marginales y de dudoso valor simbólico (Saussure 1916: 132).

Sin embargo, él mismo atenúa la arbitrariedad del signo lingüístico: “Sólo una parte de los signos son absolutamente arbitrarios... *El signo puede ser relativamente motivado*” (id.:

219). El signo es arbitrario en la medida en que su valor no depende de su propia sustancia, sino de las oposiciones distintivas que mantiene con otras unidades de la lengua (id.: 191). Pero, además de cómo elemento de un sistema, es posible considerar el signo como nudo de un entramado de relaciones (Saussure las llama *solidaridades*) asociativas y sintagmáticas (id.: 220).

Recoger, por ejemplo, es solidario sintagmáticamente del prefijo *re-* y el lexema verbal *coger*, y asociativamente de las unidades con que comparte alguno de estos dos elementos. De manera gráfica (adapto la representación de Saussure en p.216):



Pero la solidaridad asociativa es todavía más amplia; “la asociación puede basarse también en la mera analogía de significados” (*recaudar, recolectar, guardar...*) o “en la simple comunidad de las imágenes acústicas” (*recojo, cojo, ojo, rojo...*). “Por consiguiente, (hay solidaridad asociativa) tan pronto como hay comunidad doble del sentido y de la forma, como comunidad de forma o de sentido solamente” (id: 211-212).

La *solidaridad* se debe a la analogía. Unas formas se construyen a imagen de otras, y de esta manera se contrarrestan los efectos del cambio fonético, el cual, al desfigurar las palabras, borra los nexos que las agrupan en tipos generales y aumenta la arbitrariedad del signo (id.: 260). Si ésta se llevara a sus últimas consecuencias, la lengua sería un sistema caótico y sumamente intrincado. El fin de la analogía es precisamente “limitar lo arbitrario”, “introducir un principio de orden y de regularidad” en el sistema (id.: 221).

Sorprendentemente, la tesis de Saussure coincide con la de Platón. Ambos quitan relevancia a la motivación primaria o fónica, la semejanza entre las formas lingüísticas y su significado; sin embargo, ambos reconocen que algunas expresiones, en la medida en que son semejantes a otras, están secundariamente motivadas.

En la línea de Saussure, Ullmann (1962: 91) ha propuesto tres clases de motivación en el léxico:

- (a) la motivación fónica o primaria. El significante imita o evoca mediante el sonido al significado (*cuco, sisear, susurrar, bobo, balbucir, farfullar, titubear*).
- (b) la motivación morfológica, secundaria, similar en parte a la *solidaridad asociativa* de Saussure. Según Ullmann, vincula los derivados (*boca, bocazas, bocanada, bocado, desembocar, desbocado...*) y los compuestos (*bocacalle, bocajarro, bocamanga, boquiabierto...*) morfológicos de una palabra.

- (c) la motivación semántica, también secundaria. Están motivadas semánticamente las palabras cuya etimología es una metáfora o una metonimia que se ha vuelto convencional. Por ejemplo, *cónyuge* es el resultado de una metáfora que ya en latín comparaba el matrimonio (*coniungere*: “unir en matrimonio”) con el yugo (*iugum*) que une a las bestias de tiro (Buitrago y Torijano 1998). Mientras que *banco* (“casa de banca”) debe este significado a una metonimia, pues fue en los bancos (“asientos”) en donde se hicieron las primeras transacciones monetarias (id.).

De acuerdo con Roman Jakobson, la metáfora y la metonimia proceden de los dos tipos de asociación propios del lenguaje: la semejanza y la contigüidad. Jakobson vio en estos dos principios una dicotomía “en extremo significativa y pertinente para toda la conducta verbal y para la conducta humana considerada globalmente” (1956: 130), y señaló su relevancia en la literatura, los mitos, la adquisición de la lengua y su desintegración en los enfermos de afasia. Es fácil, por lo demás, establecer una conexión con los dos tipos de *solidaridad* propuestos por Saussure (*sintagmática/contigüidad; asociativa/semejanza*).

Ya Aristóteles (Poética: 1459a) definió la metáfora en términos de semejanza. La metáfora se da por la similitud entre el sentido original y el sentido figurado o metafórico de una expresión. Por ejemplo, está detrás de muchos vocablos polisémicos: *masa* (“mezcla espesa, pasta”, de donde “muchedumbre”), *pie* (“extremidad inferior”, de donde a **pie** de página), *trompa* (“instrumento musical”, de donde “apéndice nasal”); también de etimologías como la de *jefe* (del francés *chef*, que a su vez proviene del latín *caput*, “cabeza”, de donde también *capitán* y **cabeza** de familia) o *delta* (de la letra griega del mismo nombre, cuya mayúscula se escribe Δ).

En la metonimia se da una relación de contigüidad entre elementos del mismo contexto. Son metonimias los esquemas generales de la tradición retórica (Mortara Garavelli 1988: 168): **la parte por el todo** (*cifra*, del árabe *sifr*, “vacío, cero”; se aplicó primero al cero y después a los demás guarismos), **el todo por la parte** (*jarabe*, del árabe *šarāb*, “bebida, poción”, derivado de *šārib*, “beber”), **el contenido por el continente** (*puchero*, del romance *puches*, “gachas”), **el material por el objeto** (*tejado*), etc. Pero el alcance de la metonimia es mayor, y en realidad son metonímicos todos aquellos significados en cuyo origen haya algún tipo de contigüidad, ya sea en el contexto extralingüístico (1), ya en el lingüístico (2):

- (1) *Bisoño*, “soldado nuevo o inexperto”, del italiano *bisognare* (“necesitar”); “*io bisogno...*” (“necesito...”) era lo que decían una y otra vez los soldados novatos (Buitrago y Torijano 1998). *Boca*, del latín *bucca*, “mejilla” (mientras que a su vez *mejilla* procede de *maxilla*, “mandíbula”; ¡el rostro español es un rostro latino parcialmente dislocado!).
- (2) *Hermano*, del latín *germanus*, que abrevia la expresión *frater germanus* (“hermano carnal”, para distinguirlo de los miembros de una fratría o *fratres*).

Los principios de semejanza y contigüidad son también dos de los criterios que empleó Peirce al establecer la célebre clasificación de los signos en iconos, índices y símbolos. Para empezar, el signo sólo es signo en relación con otros signos. Un signo remite siempre a otro, con el que está relacionado. Esta relación puede ser de representación o de interpretación. El signo material y percibido (el *representamen* o *vehículo del signo*) representa a otro signo (el *objeto*), y lo hace evocando en la mente del receptor un tercer signo (el *interpretante*), el cual sirve de vínculo entre el primero y el segundo.

Los signos se relacionan entre sí traspasando los límites de los distintos códigos y sistemas semióticos, cuyo hermetismo no es más que una fantasía científica. El estructuralismo acierta al considerar que el valor de un signo lo determinan las relaciones que mantiene con otros signos, pero se equivoca al precisar “del mismo sistema”. A menos que se entienda el lenguaje como un sistema de sistemas, pero en absoluto meramente lingüísticos; el significado de una palabra no es sólo una casilla fija en la intersección de otras palabras afines de la misma lengua, sino un complejo haz de relaciones que además pueden incluir signos de otra naturaleza: palabras de otras lenguas, imágenes, contextos, experiencias, anécdotas, objetos, acciones, etc. Todos ellos se determinan e interpretan mutuamente en el complejo del lenguaje como modo de vida o modo de ser del hombre.

Las tres clases de signos propuestas por Peirce (*Collected Papers*: 2.299) responden a tres tipos distintos de relación entre un signo y su objeto o su interpretante: los iconos y los índices son signos motivados, los primeros por semejanza y los segundos por contigüidad, mientras que los símbolos representan por medio de una ley o convención arbitraria.

Por ejemplo, para tener presente a su madre (*objeto*), un oficinista puede poner en la mesa de su despacho varios signos (*representamen*): una foto o un retrato de ella (*icono*), una carta que ella le envió (*índice*), una inscripción de su nombre (*símbolo*), un mechón de cabello (*índice*), la palabra *mamá, madre, mother, mater, Mutter, moeder* (*símbolos*) o simplemente una *m* (*índice* de un *símbolo*, **la parte por el todo**), o si se prefiere una calabaza: porque su madre cultiva calabazas (*índice*), porque se parece a una calabaza (*icono*), porque sí (*símbolo*), etc.

Peirce coincide con Saussure en que todos los signos lingüísticos son símbolos, puesto que significan de acuerdo con una asociación convencional. Ahora bien, no son meros símbolos: los tres tipos de signos de Peirce no han de tomarse en sentido estricto y concluyente, sino más bien como tres dimensiones de la significación, una de las cuales predomina sobre las otras. Así, Peirce insiste en que en la práctica no hay símbolos puros, libres de un componente icónico o indexical (id.: 2.249). Aunque estos componentes no justifican en absoluto la significación de la palabra, revelan que el origen de los usos lingüísticos, lejos de ser causal o arbitrario, supone casi siempre una relación de contigüidad o semejanza; ¿y qué es esto sino la tendencia mimética del lenguaje advertida por Platón?

¿Quiere esto decir que el signo no es arbitrario? El principio de arbitrariedad del signo lingüístico ha sido objeto de polémica casi desde su mismo origen. Benveniste (1939) objetó que “para el sujeto parlante hay entre la lengua y la realidad adecuación completa: el signo cubre y rige la realidad; mejor: *es* esta realidad”. Desde este punto de vista, no es cierto que el nexo entre significante y significado sea arbitrario: todo lo contrario, es necesario. “El concepto (*significado*) “buey” es por fuerza idéntico en mi conciencia al conjunto fónico (*significante*) “buey”. El problema, según Benveniste, es que Saussure se contradice al definir el signo lingüístico como pura *forma* o *valor*, y al pensar no obstante en el referente, en el buey, en su “particularidad concreta y *sustancial*” para juzgar arbitraria la relación respectiva entre *buey, bœuf, Ochse*, etc. y una misma realidad por ellos nombrada. Saussure, por así decirlo, trasciende los límites que el mismo había impuesto al signo cuando establece el principio de arbitrariedad.

Tampoco Jakobson (1959) está de acuerdo con este principio. “La relación entre el *signans* y el *signatum*, que Saussure describe arbitrariamente como arbitraria, es en reali-

dad un hábito, una contigüidad aprendida (...). Pero además de esta contigüidad merece consideración el principio de semejanza, *la ressemblance*". Jakobson atina al advertir que la presencia de elementos icónicos e indexicales en los signos lingüísticos "hace imposible hablar de *arbitrariedad*".

Con todo, el signo lingüístico es arbitrario, aunque no en el sentido apuntado por Saussure: "*inmotivado*, es decir, arbitrario con relación al significado, con el cual no guarda en la realidad ningún lazo natural" (1916: 131). El problema radica en la propia definición. Primero, en *la realidad*, que Saussure había excluido del significado y que ahora introduce subrepticamente para que sirva de término de comparación con el significante. Segundo, en la oposición entre *motivación* y *arbitrariedad*.

Todo signo, y no sólo el lingüístico, es arbitrario porque es el resultado de un nexo (entre dos signos, no entre un signo y *la realidad*; o, si se prefiere, la propia realidad es un signo más) establecido arbitrariamente. Esto es así no sólo en el caso de los signos puramente convencionales (*símbolos*), sino también en el de los motivados (*íconos* e *índices*); lo que era válido para Platón sigue siéndolo de acuerdo con la lingüística estructural y la semiótica de Peirce: el signo motivado es tan arbitrario como el inmotivado porque supone la elección arbitraria entre los múltiples nexos motivados posibles.

Al establecer la arbitrariedad como principio del signo lingüístico, Saussure excluyó además del sistema, la *langue*, las relaciones de semejanza y contigüidad. No obstante, esta opción fue la más coherente con los fundamentos de su doctrina, en particular con otras dos exclusiones de mayor alcance: la del habla (*parole*) y la de la perspectiva diacrónica. Metonimias y metáforas, mientras sólo sean usos originales y embrionarios, no pertenecen a la lengua como sistema de valores, sino al habla como "acto individual de voluntad e inteligencia" (Saussure 1916: 57). Y desde el mismo momento en que se vuelven convencionales e ingresan en la lengua, su valor, como el de toda unidad lingüística, lo determina la relación con los demás elementos del sistema considerados desde un punto de vista estático o sincrónico (id.: 203). La etimología de un signo, su origen metafórico o metonímico, no influye en su función y sentido actuales. Es más, conocer el significado de una palabra es muchas veces indispensable para advertir correctamente su motivación: lo más razonable sería creer que *mejilla* conserva el significado del latino *maxilla*, y no que se trata, como así es, de una metonimia. "Nosotros no hablamos evolutivamente, por etimologías, sino por valores existentes: los signos de la lengua realizan su valor definitivo no en lo que precede sino en lo que coexiste" (Saussure 1954: 70).

Al tomar conciencia del origen metafórico y metonímico de casi todas nuestras expresiones, nos hacemos una idea más justa del papel de estos fenómenos en la evolución de las lenguas. No obstante, ni Sócrates ni Peirce ni Saussure se equivocaron al señalar la motivación del signo como una tendencia a tener en cuenta, pero nunca como el criterio del significado. Éste no puede ser otro que la convención, el acuerdo de la comunidad lingüística; el *nómos* en la terminología del griego, el *interpretante* en la del norteamericano, la *langue* en la del ginebrino.

Bibliografía.

- BENVENISTE, Émile (1939): "Naturaleza del signo lingüístico" en *Problemas de lingüística general*. México: Siglo XXI, 1971.
- BUITRAGO, A. y TORIJANO, J.A. (1998): *Diccionario del origen de las palabras*. Madrid: Espasa-Calpe.
- CASSIRER, E. (1972): "El lenguaje y la construcción del mundo de los objetos" en *Teoría del lenguaje y lingüística general*. Buenos Aires: Paidós, 1972, pp.20–38.
- CIRLOT, J. E. (1969): *Diccionario de símbolos*. Barcelona, Labor.
- COROMINAS, Joan (1961): *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Madrid: Gredos.
- GUTHRIE, W. K. C. (1969): *Historia de la Filosofía Griega*. Madrid: Gredos, 1988.
- JAKOBSON, R. (1956): "Dos aspectos del lenguaje y dos tipos de trastornos afásicos" en *Fundamentos del lenguaje*. Madrid: Ayuso, 1973.
- JAKOBSON, R. (1959): "Sign and System in Language" en *Verbal Art, Verbal Sign, Verbal Time*. Oxford: Basil Blackwell, 1985.
- MARTÍNEZ MARZOA, Felipe (2001): *Lingüística fenomenológica*. Madrid: Visor.
- MORTARA GARAVELLI, B. (1988): *Manual de retórica*. Madrid: Cátedra, 1991.
- PEIRCE, CH. S. [1987]: *Obra lógico-semiótica*. Madrid: Taurus.
- PLATÓN: *Crátilo*. Madrid: Gredos, 2000.
- PORZIG, W. (1957): *El mundo maravilloso del lenguaje*. Madrid, Gredos, 1969.
- SAUSSURE, F. (1916): *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Losada, 1945.
- SAUSSURE, F. ((1954): *Fuentes manuscritas y estudios críticos*. México:SXXI, 1977.
- ULLMANN, S. (1962): *Semántica*. Madrid: Taurus, 1991.